

Notas de andar y ver

Jesús Silva-Herzog Márquez

En estos días el Canal 22 ha empezado a pasar *La transición*, una serie de programas que documentan el cambio democrático en España. Es un testimonio realmente extraordinario que exprime muy bien las posibilidades de la televisión. Victoria Prego, que preparó el guión y que dirigió la serie armó en un rico collage la atmósfera de esos días que comprimieron el cambio democrático en España. La composición tiene como base las entrevistas que la periodista hizo durante seis años a los protagonistas de la transición democrática. La riqueza documental de la serie es formidable. Logramos oír a Adolfo Suárez, Santiago Carrillo, Felipe González, Torcuato Fernández Miranda, Manuel Fraga. La televisión sumerge las palabras de los protagonistas en su caldo: las canciones que sonaban en la radio, los comerciales de la televisión, la moda en la calle, los reportajes de la televisión. Por cierto, Victoria Prego publicó a fines de 1995 una crónica de la transición usando los materiales del documental. El libro se llama *Así se hizo la transición*, lo publicó Plaza & Janés.

El documental se transmite en México al tiempo que se sigue discutiendo la "transición mexicana". Vivimos en una especie de transitomanía: la transición democrática se ha vuelto una obsesión nacional o, por lo menos, una obsesión de los medios de comunicación y de quienes los ocupan. La reciente aprobación de importantes cambios constitucionales en materia electoral ha vuelto a poner el tema sobre la mesa. Para algunos los cambios son una nueva capa de maquillaje al régimen autoritario, para otros son un paso importante hacia la democratización. En *Proceso* (núms. 1033 y 1034) se dio un interesante intercambio de opiniones entre Jorge G. Castañeda y Jorge Alcocer. Atendiendo las observaciones de Jorge Alcocer, Castañeda apuntaba tres rasgos fundamentales que definían un proceso transicional. En primer lugar, advierte el autor de *La utopía desarmada*, en toda transición hay un corte: un antes y un después claramente discernibles. En toda transición hay un instante fundador. Segundo rasgo: se produce un nuevo arreglo institucional. En todos los casos de transiciones democráticas hay "una nueva constitución, un nuevo reparto de la baraja del poder, un nuevo juego institucional".

Finalmente, la tercera marca de las transiciones es, según Castañeda, el surgimiento de nuevos actores políticos. Castañeda es escéptico pero no

descarta la posibilidad de que la transición mexicana se pudiera apartar de esta ruta. Yo diría más bien que, si reconocemos la naturaleza del régimen autoritario que se estableció en México después de la Revolución, lo raro sería que la transición mexicana siguiera el curso de otras transiciones. El autoritarismo mexicano no ha sido un autoritarismo sin adjetivos. Fue, para decirlo en una palabra, un autoritarismo consensual. O, si queremos apoyarnos con el bastón de Gramsci, un autoritarismo hegemónico. El adjetivo no es irrelevante. Las formas no democráticas del consenso político en México han sido la clave de la estabilidad. Son, por eso mismo, la clave del cambio. Si los

autoritarismos dictatoriales se rompen, podríamos decir que los autoritarismos consensuales se disuelven. La hegemonía no se rompe, se desmenuza.

Por todo ello hay que ser cautelosos frente a las expectativas del Gran Cambio Democrático. Si esperamos el Campanazo Fundacional de la Democracia Mexicana, el primer lunes de nuestra democracia, podemos cerrar los ojos a la trama de la película del cambio que vivimos. Una historia de fragmentos a distintos ritmos. La democratización del país está en marcha en las pequeñas decisiones, en el nuevo tejido de relaciones personales entre los dirigentes políticos, en las páginas críticas de la prensa, en los cabildos y en los tribunales. El proceso ciertamente no se parece a una gesta heroica y excitante comandada por brillantes estadistas. Es un camino opaco y confuso pero es, al fin, el cambio que existe. O el que alcanzo a ver.

Regresando a la serie de Televisión Española sobre la transición, una estampa que parece oportuna, 9 de junio de 1976. Adolfo Suárez, un hombre de 43 años, ministro del Movimiento, sube a la tribuna de las cortes franquistas. Cita a Machado: "Está el hoy abierto al mañana." Suárez convoca a una reforma política que tome el paso de la sociedad. Para terminar su discurso dice: "Vamos sencillamente, señores procuradores, a quitarle dramatismo a nuestra política. Vamos a elevar la categoría política de normal a lo que a nivel de calle es simplemente normal. Vamos a sentar las bases de un entendimiento duradero bajo el imperio de la ley." Dos llamados en este discurso memorable: quitar dramatismo a la política e incorporar el sentido común a la tarea de gobierno.

Juan Linz, que no veía estos toros desde la barrera, ha destacado el papel del liderazgo en el cambio político español. En Adolfo Suárez se encontraban cualidades de lo que él llama un "liderazgo innovador": 1) habilidad para detectar los problemas medulares y encontrarles soluciones concretas; 2) un extraordinario sentido del tiempo que le permitió estar siempre un paso adelante de las presiones que venían de todos lados; 3) una gran capacidad para el diálogo personal y para cultivar lazos de confianza con los dirigentes con quienes negociaba; 4) una enorme capacidad para comunicar al pueblo sus proyectos y lograr así un respaldo social cuando los dirigentes políticos dudaban, y 5) un inmenso sentido de la responsabilidad y de la tarea histórica.

Al redactar estas notas (30 de septiembre de 1996) me encuentro con un artículo de Xavier Rubert de Ventós en *El País*, el periódico que, desde hace varios meses, leemos en México como si fuera de casa. Rubert de Ventós ha sido catedrático de Estética en la Escuela de Arquitectura de Barcelona, miembro de las Cortes españolas y del Parlamento europeo. En su colaboración de hoy, incisiva y sugerente como todo lo que le conozco al filósofo barcelonés, Rubert aborda los cambios en la política europea y la catalana como símbolos de la política que viene. Argumenta que las transferencias económicas que el Estado hace hacia adentro (la recaudación fiscal de las autonomías) y hacia afuera (la moneda única de Europa) no son una mera cesión económica. Se trata de cambios que, en el fondo, cuestionan la soberanía de los Estados.

Es que el título del soberano se asienta en dos pilares, dice Rubert: su fuerza coactiva y su capacidad protectora. El Estado sostiene su legitimidad en "la autoridad coercitiva de un Estado severo y castigador y la maternidad benefactora de un Estado

protector y benevolente". El Estado benefactor es poderoso, entonces, no porque nos quita –mediante impuestos–sino porque nos da algo y nos obliga, por tanto, a una permanente gratitud. Ahí está no solamente la dependencia del Estado sino, incluso, la adicción al Estado.

Los mercados, que fueron en buena medida cultivados por el Estado, se le han escurrido al propio Estado. Los intercambios se han globalizado y no hay vuelta al hermetismo de antes. De la soberanía quedan migajas. Lo decía The Economist hace poco: el Estado ha sido desplazado por los procesos que él mismo propició. Dice Rubert de Ventós: "El Estado ya no es el que puede quitar y dar según decida como hizo mientras fue depositario de una soberanía territorial a la vez intensiva y extensiva, es decir, económica y militar, dadivosa y coercitiva."

Aprovecho el recorte del periódico de hoy para entresacar algunas ideas del nuevo libro de Rubert de Ventós, *Ética sin atributos*, publicada este año por Anagrama. Un manual para construir una ética en donde lo bueno sea el ejercicio de la libertad y no la fidelidad: "una ética de la experiencia antes que de la coherencia". Una moral que enaltece el hormigueo de la imaginación y que rechaza esa "moral empedrada de escrúpulos". Rubert le hace el feo a lo que llama la "melancólica beatitud" que impulsa a una vida ordenada que hará feliz al anciano. La moral es propulsión crítica frente a lo que se es, frente a la identidad impuesta o asumida, es el resorte suelto de la imaginación. Su mensaje lo ha resumido Harvey Cox en el prólogo: "que la vida inauténtica es la única que vale la pena vivir".

La segunda parte del libro de Xavier Rubert es un manifiesto de política nueva.

Una descripción audaz de los rumbos de la política que vendrá. O, más bien, de sus ausencias. Una política sin atributos, la llama. Una política sin amor, sin Estado, sin ilusiones, sin revolución y sin verdad. Vacíos que ya están entre nosotros.

Por lo pronto vivimos ya bajo una política sin amor. La gente no confía ni mucho menos quiere a los políticos. Pero ello no es motivo de alarma. Todo lo contrario. La falta de amor que el ciudadano siente por sus gobernantes implica que la relación política ha dejado de ser sentimental. Es, simplemente, institucional. Esa es, según Rubert, otra lección de los griegos. Sabían que, más que dividir el poder, era necesario ir cambiando los depósitos del odio y del afecto para "neutralizar la sobrecarga emocional".

No queda espacio ni ánimo para la revolución. La nuestra será una política sin revolución y sin dogmas. Los nuevos movimientos políticos no piden la luna. Demandan simplemente que el Estado deje de delinquir, que cumpla con la ley. Las demandas han dejado de ser utópicas. Son, modestamente, jurídicas.

Tampoco hay mucho lugar para la ilusión. A golpes se han comprimido las expectativas. Hoy debe aceptarse que la salvación del alma no está en la política. Que, por ejemplo, los representantes no solamente viven para representar a los ciudadanos sino que

también viven de representarlos, que tienen intereses propios, que quieren el poder. Que ser político es una profesión y no una misión.

Habrá que renunciar igualmente a la verdad. Porque en la democracia no hay Verdad sino opiniones. Si acaso, la única verdad es la pluralidad de las verdades políticas. Ahí está el corazón del pluralismo. Rubert expone aquí una idea clave de su pensamiento: la democracia se caracteriza por la ausencia de rasgos sublimes.

Y, finalmente, la política se deshace progresivamente del Estado. El Estado, dice el filósofo, empieza a ser cosa de arqueología. Ésta es, quizá, la más cuestionable de las propuestas del catalán. Es cierto que las demandas escurren los canales estatales. Claro que el Estado se achica desde abajo y desde afuera. Pero de ahí a que pueda hablarse de una política sin una organización que monopolice el ejercicio de la violencia legítima, estamos bien lejos. No ha nacido el Antihobbes.